

HACIA UN TERROR SIN HUMANISMO

MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN

LA Gestapo. Las depuraciones stalinianas.

He aquí los dos temas tópicos que se plantean cuando se analiza el terror político en el siglo XX. Como si fueran fantasmas del pasado. Como si la tortura y la violencia estructural de un sistema alternativamente integrador y represor no fueran formas evolucionadas de terror, sádico a veces, siempre presente, diluido en variadísimas formas de la cotidianidad. A un periodista brasileño le pasaron por el cuerpo un peine con púas de acero. El último testigo de su vida, otro torturado, asegura que entonces ya era una masa sangrienta de carne rota. ¿Qué hacer con la carne humana cuando ha perdido el penúltimo pudor de la piel? La respuesta deben tenerla los torturadores de Denis, porque su cuerpo no ha sido encontrado.

Como nadie sabe qué fue de Maurice Audin, torturado por los paras. Y, sin embargo, ahí han quedado, como pruebas del terror establecido, los testimonios escritos de la autobiografía de Henri Aleg («La Question») o del informe de Giselle Halimi sobre los tratos recibidos por la joven argelina Djamilia Boupachá, violada con una botella de cerveza. Y son casos excepcionales que han llegado a la luz pública sobre un montón de cadáveres anónimos, muertos por la mano, la bota, la descarga eléctrica, la tortura del agua o las variadas formas que es capaz de crear la única imaginación que realmente ha llegado al poder: la imaginación represora.

Cuando terminó la segunda gue-



«El Gran Gendarme del Universo es el que ha corroído con su napalm esos rostros de niños».

rra mundial, entre otros errores se cometió el de suponer que el mundo estaba casi bien hecho. Lo que faltaba por arreglar era poca cosa frente a lo que había significado la destrucción del nazismo. Dos días después del fin de la segunda guerra mundial se registraron en los Estados Unidos cinco castraciones de negros a manos del Ku-Klux-Klan. Las tropas nacionalistas chinas dejaban a su retirada un reguero de antagonistas arrojados vivos en las calderas de los trenes. En los sótanos policiales expertos en torturas las aplicaban con el suficiente cuidado como para que después el torturado no pudiera reclamar ante la ley, por la duración de las diligencias policiales que daban tiempo a las cicatrizaciones. Un tácito acuerdo entre el poder represor y el jurídico puede impedir el conocimiento público de la desconcertante información de un canibalismo cotidiano, unas veces perpetrado en nombre de apasionadas ideologías de defensa y otras del más elemental y enfermizo sadismo.

Veinticinco largos años después del final de la guerra mundial, los Estados Unidos aparecen ante el mundo con el estigma de My Lai y de todos los presumibles My Lai que nunca podrán conocerse. La opinión pública del mundo entero tiende a localizar estas prácticas en zonas excepcionales de la Tierra, afortunadamente alejadas de los países con ópera y con rentas «per cápita» decentes. Pero es falso. El terror político está hoy tan presente como en el siglo XIX; quizá sea menos cruento, pero se aplica con igual saña que siempre a la des-



My Lai (arriba) y el cañón de un arma sudvietnamita apuntando contra cinco prisioneros vietcong (abajo), «prácticas afortunadamente alejadas de los países con ópera y con rentas "per cápita" decentes».

trucción de la dignidad del antagonista y su fe.

HUMANISMO Y TERROR

Uno de los más notorios ensayos sobre la cuestión del terror político es **Humanismo y Terror**, de Maurice Merleau Ponty. Allí intenta demostrar el autor que el antagonismo clásico entre humanismo y terror hacia crisis ante el fenómeno stalinista que había trazado la vía hacia el humanismo socialista a través del bosque del terror. Bujarín se convierte, a pesar del propio Merleau Ponty y del propio Bujarín, en el personaje crítico que encarna y asume la contradicción entre humanismo y terror. Víctima del terror en los procesos de Moscú, Bujarín acepta el papel de víctima, porque su derrota es, a un cierto nivel, un paso más hacia el humanismo socialista. Dice Merleau Ponty: «Como la Iglesia, el Partido rehabilitará tal vez a quienes condenó cuando una nueva fase de la Historia cambie el sentido de sus conductas». El juicio de Merleau Ponty es bonito, pero insuficientemente justo. La rehabilitación no pasa sólo por un cambio de sentido de la conducta condenada, sino también por un cambio de la objetividad histórica. Las víctimas no se rehabilitan porque hayan dejado de ser subjetivamente peligrosas, sino porque lo han dejado de ser objetivamente.

Históricamente puede hablarse de un terror progresivo, con un presupuesto humanista en sus búsquedas y de un terror regresivo, que busca ante todo la defensa del pasado convertido en super-



estructura desfasada de la realidad. Entre los ejemplos de terror «humanista» están Robespierre y Stalin como protagonistas habituales. Robespierre quería una dictadura de clase, duramente impuesta sobre la capacidad de maniobra que aún estaba en manos del **ancien regime**. Su intención era conseguir el radicalismo revolucionario que instalara un poder burgués por encima de cualquier contingencia exterior e interior. A Stalin, en cambio, se le ha asignado un papel de Bonaparte liquidador del período creador de la revolución soviética. Desde el campo trotskista y desde el campo del marxismo liberal, se ha visto

un Stalin fundamentalmente reaccionario, gigantesco insecto destilador de terror regresivo. Creo que la valoración es inexacta. Stalin, como Robespierre, creía en lo indispensable del terror para arragar la revolución y hacerla invulnerable. Lamentablemente tuvo más tiempo que Robespierre para convertir el lenguaje del terror en una retórica enfermiza que acabó por asfixiar la creación revolucionaria.

Sin embargo, frente al terror «humanista», frente al terror ejercido en nombre de la progresión histórica, la sociedad burguesa que nació bajo los estímulos de todas las libertades ha creado sus pro-

pias formas de terror, que van desde las checas más o menos secretas, donde la tortura no alcanza con sus gemidos y alaridos los oídos del hombre democrático que camina por la calle, hasta las sutilezas de la violencia estructural.

LA VIOLENCIA ESTRUCTURAL

La sociedad burguesa es o represiva o integradora, no es una sociedad libre. Establece unas reglas del juego hechas a la medida de las clases y cuerpos más fuertes, con penumbras que permiten el cobijo a quienes se prestan a cumplir esas reglas, aunque no estén hechas a la medida de sus intereses. Para los que se niegan, se dispone de una variada gama de puniciones que van desde la marginación hasta el ajusticiamiento, pasando por la violencia física y la cárcel. La burguesía ha sido una clase social implacable. Todo lo que utilizó para forzar las puertas de la Bastilla lo ha utilizado, ya en posesión de las almenas, para impedir que le arrebataran la fortaleza.

Las reglas del juego pueden llamarse leyes. Pero las leyes, más que un espíritu conexionado con la realidad que subliman y representan, tienden a ser obstáculos que convierten el progreso histórico en una carrera de obstáculos que cuesta sangre, sudor y lágrimas. «Qué tiempos éstos —ha escrito Dürrenmatt— en los que es preciso luchar por lo que es evidente». Y el molino de viento que defiende con sus aspas todo lo que puede adular la evidencia es esa violencia estructural, una violencia legitimada que provoca una serie de grandes y pequeños terrores condicionantes de la represión compartida por la colectividad.

La ley americana prohíbe asesinar a cualquier ciudadano, sea o no **pantera negra**. Pero si un ciudadano es pantera negra, bastará ponerle manos arriba, meterle una pistola en el bolsillo de la chaqueta, distanciar unos pasos y matarle desde allí, para después dar la versión social de que el policía ha hecho fuego en defensa propia. Mayores sutilezas se dan en el empleo de las «reglas del juego» para aniquilar al enemigo político. Las cárceles están llenas de jóvenes radicales que al no ser vulnerables por la ley que sanciona cuestiones políticas se les ha metido un paquete de droga en el bolsillo para que pudieran ser realmente sancionados dentro de «las reglas del juego».

El sistema se defiende.

Cuando es un sistema condicionado por una historia democrática acentuada (caso de los Estados Unidos), la violencia estructural

HACIA UN TERROR SIN HUMANISMO

tiene que recurrir a falseamientos como el de la «legítima defensa» o el de la droga. Pero cuando esa historia democrática no existe, basta la estrechez de las leyes bien defendidas por las fuerzas de represión para que la violencia estructural consiga el hermoso espectáculo de una colectividad sometida y de una Historia varada. En realidad, el sistema de poder que intenta la detención de la Historia cuenta desde 1945 con un factor auxiliar inestimable: el miedo atómico. La parálisis universal ha servido de aliado a todas las causas reaccionarias, a todos los remiendos históricos supervivientes, porque la guerra de trincheras que significa la coexistencia pacífica se traduce en un mutuo respeto a los vasallos políticos por parte de USA y URSS.

Esta parálisis histórica explica, por una parte, las acciones revolucionarias o pararevolucionarias de las guerrillas latinoamericanas o de la nueva extrema izquierda europea. Por otra, una cierta dualidad en la conciencia social ante la cuestión. Dentro de una comunidad aparentemente normal se puede nacer, crecer y morir sin saber que se coexiste con torturadores, que existen sótanos donde el terror se ceba en carne humana en un vano intento de impedir que las ideas se conviertan en energía histórica. En esa ignorancia repercute tanto el no querer enterarse (enterarse significaría el trauma de la conversación del orden en desorden) como una división del «trabajo» integrador y represor en instituciones que funcionan a la luz del día o a la luz del subsuelo.

Uno de los agitadores políticos más torturados en Brasil contaba cómo, cuando relató sus padecimientos ante una autoridad de la Iglesia, no mereció otra respuesta que: «Y eso, usted, ¿no lo habrá soñado?». Más que el cinismo, lo que dictaba el comentario era la defensa desesperada de una confianza en la bondad del orden establecido, porque admitir el testimonio del torturado significaba pronunciarse en contra de la tortura y actuar en consecuencia. Se produce la sorprendente dualidad de que la Humanidad ha evolucionado lo suficiente como para hacer repugnante cualquier arbitrariedad y que precisamente por esa conciencia se intente desesperadamente creer que las arbitrariedades no existen. La moral del «honnet homme» tiende a suponer que toda arbitrariedad contra la dignidad humana es falsa, que está propagada por el infierno para desacreditar



el paraíso, y gracias a esa falsa conciencia sobrevive el cotidiano ejercicio de la arbitrariedad del terror.

UN PROGRESIVO ENDURECIMIENTO

Si nunca ha sido tan evidente qué es la dignidad humana, una dignidad conseguida históricamente cuando se llegó a la verdad de que la emancipación humana será total o no será, tampoco nunca ha sido tan evidente que la batalla por la conversión de esa evidencia en norma de conducta universal estará llena de horrores increíbles... La matanza del teniente Calley en My Lai no es la obra de un lunático, de un loco individualista que aplicó el terror en su pequeño recién adquirido reino. Detrás de las acciones del teniente Calley está el miedo de un sistema a perder el dominio sobre las almenas de la Bastilla.

Desde 1945, la Sociedad de Defensa de los Derechos Humanos se ha movido y removido inquieta, por todo el mundo, en una gendarmería más estética que real. Frente a los horrores cometidos en la guerra de Vietnam, sus mecanismos de reacción eran tan débiles que tuvo que montarse el Tribunal Russell para aumentar la expansión propagandística de la denuncia. El

mundo tuvo que escoger entre el rostro de Spencer Tracy, en el papel del juez de Nuremberg, en «Vencedores o vencidos», como representativo del pueblo americano, o el rostro de los mismos verdugos nazis impugnados por la película. Frente a las acciones del Tribunal Russell estaba toda la falsa conciencia burguesa negándose visceralmente a aceptar la realidad, porque, ¿cómo se podría seguir conciliando el sueño si el Gran Gendarme del Universo es el que ha corroído con su «napalm» esos rostros de niños, el que ha tolerado que se destaparan los intestinos a los prisioneros o mutilado los senos a las muchachas sospechosas de ayuda al Vietcong? ¿Cómo es posible que Spencer Tracy pueda ser el Tamerlán?

La Liga de Derechos Humanos realiza sus inspecciones con alguna eficacia. No han conseguido desterrar la tortura ni siquiera de Europa, pero al menos han conseguido reducirla y ocultarla. A un hombre se le puede tener cuatro días en cuclillas sin que la Liga de Derechos Humanos llegue a enterarse nunca. O colgado por los pies, suspendido en el hueco de una escalera, a la altura de un tercer piso, sin que los peatones que pasan más allá de los muros que le encierran lleguen a enterarse nunca. ¿Cómo es posible que

esto suceda? Racionalmente puede aceptarse el ejercicio de la violencia estructural basada en el juego de las puniciones legales y de las marginaciones económicas y sociales. Pero, ¿cómo puede explicarse la carnicería sistemática, el cultivo del terror más primario, el que despierta la brutalidad del otro amparado, frente a tu soledad, por todo el aparato de un sistema que finge ignorarla?

En torno a este terror primario funciona la ley del silencio. Y es explicable. Porque a ese nivel de terror sólo puede llegarse desde el más grave de los pánicos psicópatas del torturador o del sistema que le ampara. Sólo el terror cervical puede conducir a la autojustificación de la tortura como instrumento de defensa.

Los síntomas son de endurecimiento evidente. A medida que se vaya clarificando que la Historia no vuelve atrás y que el cambio es inexorable, la conciencia del morir matando se irá apoderando de los albañales del sistema. Incluso llegará a ser aceptado por esos honrados padres de familia incapaces de matar una mosca por sus propias manos, hasta tal punto su pánico les convertirá en poseídos. Un terror defensivo, sin ninguna pretensión humanista, ya no ejercicio en nombre de ningún cuerpo de valores, parece adivinarse en el horizonte histórico. Tal vez se tra-



Dos escenas —campos de concentración nazis— que la Europa del siglo XX quisiera borrar de su Historia.

te de hacerlo más estético, menos manual. La electricidad, la química, pueden evitar la patada en los genitales y el gas paralizante evitará el horroroso espectáculo de los efectos del «napalm». Siempre y cuando se demuestre que el terror estetizado sea tan eficaz como el que aún se realiza ahora, a esta hora, por procedimientos más próximos a Asurbanipal y sus muchachos.

De lo contrario, en el último instante de vida, el «honnet homme» reclamará la bota, el «napalm» y la navaja barbera, con tal de poder sentarse ante el televisor con la digestión plácida y el mañana asegurado.

RETRATO DE UN CIUDADANO POR ENCIMA DE CUALQUIER SOSPECHA

¿Y cómo es ese hombre que con la pluma, el pie o la mano puede destruir la dignidad de otro?

¿Como el Quasimodo de Nôtre Dame?

¿Acaso como el Fantasma de la Opera, con el rostro corroído por el sulfamán?

¿Le falta el lóbulo derecho?

¿El izquierdo?

¿Cojo? ¿Tuerto? ¿Impotente?

No. Cuando termina su trabajo se lava las manos del cuerpo y el

alma, sale a la calle, compra un periódico, regresa a casa como Ulises, como Ulises recupera una esposa, un hijo. Habla entonces de lo mismo que el resto de la ciudad, siente como ellos. Es capaz de pequeñas y grandes solidaridades. Por ejemplo, si se declara un incendio en el inmueble cercano, es capaz de arriesgar su vida para salvar la del niño que bracea en el balcón del sexto. Si su vecino le pide dinero para pagar a un cobrador imprevisto, no faltaba más. Para eso estamos los vecinos. Buenos días en el ascensor. ¿Cómo va la vida? ¡Qué tiempos!

Duermen bien.

Su aspecto y su talante han sido culturalizados bajo los rasgos del psicópata para que se crea que el represor es un «rara avis» que puede reconocerse, porque la cara es el espejo del alma. Nada más falso.

Al día siguiente, ese hombre se sienta detrás de un despacho y asesina física y moralmente, con el bolígrafo, con la palabra o con la máquina de escribir. O se queda en mangas de camisa y se precipita como una máquina de dolor sobre el cuerpo de otro ser humano, en el que se ceba. A veces es un gran técnico. Otras es un chapucero. Los chapuceros tienen su castigo en esta vida.

Rara vez llegan muy arriba en el escalafón. ■ M. V. M.

taurus ediciones, s.a.

JUAN ROF CARBALLO

REBELION Y FUTURO

Este libro nos descubre que sufre el hombre no sólo de la fugacidad de su existir o por injusticias sociales, sino que también sufre de su necesidad de dependencia en las primeras fases de la vida, que le pone a merced del amor que recibe, de las neurosis de los grupos humanos y de la anquilosis de las estructuras sociales.

(Col. «Ensayistas de Hoy», número 70, 150 pesetas.)

ENRIQUE TIERNO GALVAN

LA HUMANIDAD REDUCIDA

Muchas ideas han sido no empujadas, sino «metidas en redutos», y la vida intelectual y la convivencia se han reducido también. Cada situación o cada comportamiento definido han confinado las ideas y las palabras en lo concreto, suprimiendo o restándolas vigor cuando expresan sólo generalidad.

(Col. «Cuadernos», número 102, 50 pesetas.)

MAX HORKHEIMER

LA FUNCION DE LAS IDEOLOGIAS

Ultimamente, y en relación a la vigencia u ocaso de las ideologías de la cultura occidental, se ha establecido acalorada —y apasionada— polémica. Horkheimer trata con sumo rigor, siempre positivo, y con su indudable autoridad este importante tema.

(Col. «Cuadernos», número 72, 30 pesetas.)

MARTIN HEIDEGGER

CARTA SOBRE EL HUMANISMO

Esta es la versión castellana —en su tercera edición— de la famosa «Carta a Jean Beaufret». En ella, el autor de «Ser y Tiempo» expone los puntos de partida —y de llegada— para una nueva, y cada vez más necesaria, valoración del humanismo.

(Col. «Cuadernos», número 21, tercera edición, 50 pesetas.)

taurus ediciones, s.a.

PLAZA DEL MARQUES DE SALAMANCA, 7
MADRID-6

CONSEJO DE CIENTO, 167
BARCELONA-15